



TIEMPOS MODERNOS

TONI MORRISON

SULA

TRADUCCIÓN
MIREIA BOFILL

UN CLÁSICO DE LA LITERATURA
CONTEMPORÁNEA

La historia de Sula y Nel, dos niñas que crecen juntas en un barrio de negros, compartiendo sus sueños e ilusiones. Ambas son precoces y curiosas, hijas de familias pobres. Pero el tiempo pasa y cuando Nel se casa, Sula se marcha del suburbio para ir a la universidad y viajar por el país. Diez años después, Sula regresa e involuntariamente destruye la familia y la felicidad de Nel. A partir de entonces, los pintorescos habitantes del suburbio la consideran una bruja malvada...

Ambientada en el período de entreguerras de los EE. UU., Sula es un portentoso retrato del poder de lo femenino en una comunidad pobre y rural de negros, donde las mujeres reinan como madres, hechiceras y depositarias de la tradición oral.

*Es un absoluto golpe de suerte
echar de menos a alguien mucho antes de que te deje.
Este libro está dedicado a Ford y Slade, a quienes,
aunque no me hayan dejado, añoro.*

*«Nobody knew my rose of the world
but me... I had too much glory.
They don't want glory like that
in nobody's heart.»*

THE ROSE TATTOO

(Nadie conocía mi rosa del mundo,
sólo yo... Tuve demasiado esplendor.
No quieren ver tanto esplendor
en ningún corazón.)

LA ROSA TATUADA

PRIMERA PARTE

Prólogo

En otro tiempo, en aquel lugar donde arrancaron de raíz las matas de beleño y de zarzamora para hacerle sitio al campo de golf de Medallion City, había un barrio. Ocupaba las colinas, por encima de la ciudad de Medallion —construida en el valle—, y se extendía hasta el río. Ahora, el lugar recibe el nombre de barrio residencial pero, cuando vivían allí los negros, lo llamaban el Fondo. Un camino sombreado de hayas, robles, arces y castaños lo unía al valle. Ahora las hayas han desaparecido, y también los perales a los que trepaban los niños para lanzar gritos entre los capullos de su copa a las gentes que pasaban. Se han asignado generosas partidas para el derribe de las destartadas y descoloridas construcciones que se apiñan a lo largo de todo el camino que conduce de Medallion hasta el campo de golf. Demolerán el salón de billar del Uno y Medio, donde en otro tiempo pies calzados con puntiagudos zapatos de ante se inclinaban hacia el suelo apoyados en los barrotes de las sillas. Una bola de acero reducirá a polvo el Palacio de la Cosmetología de Irene, donde las mujeres reclinaban la cabeza sobre las bandejas de los lavacabezas y dormitaban mientras Irene les untaba el pelo con Nu Nile. Hombres con monos caqui dismantelarán los talones del Asador de Reba donde la propietaria cocinaba, tocada con su sombrero, porque sólo así conseguía recordar los ingredientes.

Ya no quedará nada del Fondo (el puente peatonal que cruzaba el río ya ha desaparecido), aunque tal vez sea mejor así, puesto que de todos modos no era una ciudad, sino

sólo un barrio donde, en los días tranquilos, las gentes de las casas del valle a veces podían escuchar cantos, a veces algún banjo y, si un hombre del valle tenía que resolver casualmente algún asunto en esas colinas —el cobro de alquileres o de las primas del seguro—, quizá divisara a una mujer de piel oscura con un vestido floreado ejecutando unos pasos de *cakewalk*, dándose unos meneos, «tonteando un poco» al compás de las animadas notas de una armónica. Sus pies desnudos levantarían el polvo color azafrán, que revolotearía hasta depositarse sobre el mono y los zapatos abiertos por los juanetes del hombre que inhalaba y exhalaba música a través de la armónica. Los negros y negras que la miraban se reirían y se restregarían las rodillas y al hombre del valle le resultaría fácil escuchar la risa sin notar el sufrimiento adulto depositado en algún lugar bajo los párpados, en algún lugar bajo los deshilachados pañuelos y los sombreros de fieltro blando, en algún lugar de la palma de la mano, en algún lugar debajo de las solapas ajadas, en algún lugar de la curva del tendón. Tendría que situarse en el fondo de San Mateo el Mayor y dejar que la voz del tenor le vistiera de seda, o tocar las manos de los talladores de cucharas (que llevaban ocho años sin trabajar) y dejarse besar la piel por los dedos que bailaban sobre la madera. De no ser así, se le escaparía el dolor, a pesar de que la risa era parte del dolor.

Una risa como para sacudirse, como para darse palmadas en las rodillas y en los ojos húmedos, útil incluso para describir cómo habían llegado a encontrarse donde estaban.

Un chiste. Un chiste de negros. Así empezó todo. No la ciudad, evidentemente, sino esa parte de la ciudad en la que vivían los negros, la parte que llamaban el Fondo a pesar de que se encontraba en lo alto de las colinas. Sólo un chiste de negros. De esos que se cuentan los blancos cuando cierra la fábrica y quieren encontrar algún consuelo en alguna parte. De esos que cuentan los negros a su propia

costa cuando no llega la lluvia, o cuando lleva semanas cayendo, y tratan de encontrar de algún modo algún mínimo consuelo.

Un buen granjero blanco le prometió la libertad y un trozo de terreno del Fondo a su esclavo a cambio de que cumpliera algunas tareas muy difíciles. Cuando el esclavo hubo terminado el trabajo, le pidió al granjero que cumpliera su parte del trato. La libertad fue cosa sencilla: al granjero no le importaba dársela. Pero no quería renunciar a ningún trozo de terreno. De modo que fue y le dijo al esclavo que sentía mucho tener que darle un terreno del valle, que habría querido darle un trozo del Fondo. El esclavo parpadeó y dijo que él siempre había creído que las tierras del valle eran tierras del Fondo. Pero el amo replicó:

—¡Oh, no! ¿Ves esas colinas? Esas son tierras del Fondo, ricas y fértiles.

—Pero están en lo alto de las colinas —protestó el esclavo.

—En lo alto para nosotros —dijo el amo—, pero para Dios, que las contempla desde arriba, ése es el fondo. Por eso las llamamos así. El fondo del cielo, las mejores tierras que existen.

Así, el esclavo le insistió a su amo para que intentara conseguirle un terreno en esa parte. Lo prefería al valle. Y así se hizo. El negro obtuvo su terreno montañoso, donde uno se deslomaba para labrar los campos, donde la tierra se deslizaba ladera abajo arrastrando las semillas y donde el viento no paraba de soplar en todo el invierno.

Y ésa era la razón de que en esa pequeña ciudad ribereña de Ohio, los blancos viviesen en el fértil fondo del valle, mientras los negros poblaban las colinas que se elevaban sobre ella y encontraban un pobre consuelo en el hecho de poder mirar a los blancos, cada día, literalmente desde arriba.

Aun así, se estaba muy bien allí arriba, en el Fondo. A medida que fue creciendo la población y las tierras de la-

branza se convirtieron en un pueblo y el pueblo en una ciudad y el progreso volvió calurosas y polvorientas las calles de Medallion, daba gusto contemplar los frondosos árboles que resguardaban las chabolas en lo alto del Fondo. Y los cazadores que a veces subían hasta allí se preguntaban para sus adentros si el granjero blanco no habría dicho después de todo la verdad. A lo mejor, ése era el fondo del cielo.

Los negros no habrían estado de acuerdo, pero no tenían tiempo de pensar en ello. Estaban terriblemente preocupados con las cuestiones terrenas... y con los demás de su grupo, y en preguntarse, ya en 1920, qué había detrás de Shadrack, qué había detrás de esa niñita, Sula, que se hizo mujer en su ciudad, y qué había detrás de todos ellos, encaramados allí, en el Fondo.

1919

A excepción de la Segunda Guerra Mundial, nada impidió nunca la celebración del Día Nacional del Suicidio. Se había conmemorado cada 3 de enero desde 1920, aunque durante muchos años Shadrack, su instaurador, fue el único celebrante. Sacudido y permanentemente desconcertado por los acontecimientos de 1917, había vuelto a Medallion guapo pero destrozado y hasta las personas más remilgadas de la ciudad a veces, sin darse cuenta, se encontraban imaginando cómo debía haber sido Shadrack algunos años atrás, antes de ir a la guerra. En diciembre de 1917, cuando era un joven de apenas veinte años, sin nada en la cabeza y con el recuerdo del lápiz de labios en la boca, se encontró en Francia, corriendo con sus compañeros a través de un campo. Era su primer contacto con el enemigo y no sabía si su compañía iba a su encuentro o huía de él. Llevaban varios días de marcha, pegados a un arroyo de orillas heladas. En cierto momento, lo cruzaron y, nada más poner pie en el otro lado, el día se convirtió en un torbellino de gritos y explosiones. Los cañonazos estallaban por todos lados a su alrededor y aunque sabía que había llegado lo que llamaban *el momento*, no alcanzó el estado de ánimo adecuado, el estado de ánimo capaz de integrar el momento. Esperaba sentir pánico o entusiasmo, *algo* que fuera muy fuerte. En realidad, sólo sintió el pinchazo de un clavo que tenía en la bota y que se le hundía en la planta del pie cada vez que se apoyaba encima. Hacía tanto frío que se vio su propio aliento y por un instante se maravilló ante la pureza y blancura de su respiración en medio de las sucias explosio-

nes grises que le rodeaban. Echó a correr con la bayoneta calada y se adentró en la gran masa de hombres que surcaban velozmente aquel campo. Atenazado por el dolor del pie, ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha y vio volar en pedazos la cara de un soldado que tenía cerca. Sin darle tiempo a registrar el sobresalto, el resto de la cabeza del soldado desapareció bajo la sopera invertida de su casco. Pero, obstinado, ajeno a las instrucciones del cerebro, el cuerpo del soldado descabezado siguió corriendo, con gracia y energía, ignorando el tejido cerebral que goteaba y le resbalaba por la espalda.

Cuando Shadrack abrió los ojos, se encontró sentado en una cama pequeña, con una bandeja y una gran fuente de latón dividida en tres triángulos delante. En un triángulo, había arroz; en otro, carne y, en el tercero, tomates asados. En una pequeña depresión circular se acomodaba una taza de líquido blancuzco. Shadrack se quedó mirando los suaves colores que llenaban los triángulos: la blancura apelmazada del arroz, los temblorosos tomates rojo sangre, la carne pardogrisácea, toda su repugnancia encerrada tras el perfecto equilibrio de los triángulos, un equilibrio que actuó como un bálsamo para él, transfiriéndole parte de su medida. Con la seguridad de que el blanco, el rojo y el marrón se quedarían donde estaban —que no estallarían en pedazos o se desbordarían de sus zonas delimitadas—, de pronto sintió hambre y se buscó las manos con la mirada. Al principio con cautela; tenía que andarse con mucho cuidado: todo podía estar en cualquier parte. Después descubrió dos bultos debajo de la manta beige a ambos lados de sus caderas. Con sumo cuidado, levantó un brazo y comprobó con gran alivio que tenía su mano unida a la muñeca. Hizo la prueba con la otra y también la encontró. Despacito dirigió una mano hacia la taza y, justo cuando se disponía a abrir los dedos, éstos comenzaron a crecer desordenada-

mente, como la planta de habichuelas del cuento, hasta cubrir la bandeja y toda la cama. Dio un grito y cerró los ojos mientras escondía las enormes manos que seguían creciendo debajo de las mantas. Fuera de su vista, parecieron encogerse de nuevo hasta recuperar su tamaño normal. Pero el grito había atraído a un enfermero.

—¿Soldado? No iré a crearnos problemas hoy, ¿verdad, soldado?

Shadrack levantó la mirada hacia un hombre algo calvo, vestido con una chaqueta y unos pantalones verdes de algodón. Iba peinado con la raya muy a la derecha para que unos veinte o treinta pelos amarillos le cubrieran discretamente la desnudez de su cráneo.

—Vamos. Coja la cuchara. Cójala, soldado. Nadie va a estar dándole de comer toda la vida.

El sudor empezó a desbordar de las axilas de Shadrack deslizándose por sus costados. No soportaba la idea de ver otra vez cómo le crecían las manos y le asustaba la voz que salía del uniforme verde manzana.

—Cójala, he dicho. No tiene ningún sentido que siga con esta... —El enfermero metió la mano debajo de la sábana para coger la muñeca de Shadrack y dejar al descubierto la mano monstruosa. Shadrack dio un tirón para zafarse y volcó la bandeja. Aterrado, se puso de rodillas e intentó sacudirse sus horribles dedos, pero sólo consiguió derribar al enfermero sobre la cama de al lado.

Shadrack se sintió aliviado y también agradecido cuando le inmovilizaron con una camisa de fuerza y sus manos quedaron por fin ocultas e impedidas de continuar creciendo más allá del tamaño que hubieran alcanzado.

Atado y mudo en su cama pequeña, intentó unir los cabos sueltos de sus ideas. Deseaba con desespero poder verse la cara y asociarla con la palabra «soldado», palabra con la que le había llamado el enfermero (y los otros que habían ayudado a éste a atarlo). Pero, vista la reacción de sus manos, ¿qué podía esperar de su cara? Incapaz de so-

portar tanto miedo y tanto anhelo, empezó a pensar en otras cosas. Es decir, dejó que su pensamiento se deslizara a su antojo por las cavernas de la memoria.

Vio una ventana que daba a un río que sabía lleno de peces. Alguien hablaba quedamente al otro lado de la puerta...

El anterior estallido de violencia de Shadrack había coincidido con la llegada de un memorándum del equipo directivo del hospital a propósito de la distribución de los pacientes en las zonas de alto riesgo. Había una evidente escasez de plazas. La prioridad de la violencia le valió a Shadrack el licenciamiento, con 217 dólares en metálico, una muda completa de ropa y copias de varios papeles de aspecto muy oficial.

Cuando cruzó la puerta del hospital y vio los jardines — los arbustos recortados, los bordes limpios del césped, la línea certera de los senderos— se quedó pasmado. Contempló los tramos de cemento, cada uno nítidamente encaminado hacia un destino presumiblemente deseable. Ninguna reja, ningún cartel, ningún obstáculo se interponía entre el cemento y el césped verde, y no costaba nada ignorar la limpia superficie de piedra y cortar en otra dirección, escogida por uno mismo.

Shadrack se detuvo al pie de la escalera del hospital y se quedó mirando las copas de los árboles que se agitaban bruscamente pero sin peligro, pues tenían los troncos clavados demasiado profundamente en la tierra como para poder hacerle daño. Sólo le inquietaban los senderos. Se balanceó sobre uno y otro pie, buscando la manera de llegar hasta la verja sin pisar el cemento. Estaba estudiando su ruta —calculando dónde tendría que saltar, por dónde rodear un macizo de arbustos— cuando le sobresaltó una ruidosa carcajada. Dos hombres subían por la escalera. Entonces advirtió que había mucha gente cerca, a la que hasta entonces no había visto o que acababa de materializarse. Las personas parecían láminas finas se deslizaban por los

senderos como muñecos de papel. Algunas iban sentadas en sillas de ruedas, empujadas por otras figuras de papel que avanzaban detrás. Todas parecían estar fumando y sus brazos y sus piernas se doblaban con la brisa. Un buen vendaval hubiera podido levantarlas por los aires depositándolas tal vez en las copas de los árboles.

Shadrack se lanzó a la ventura. En cuatro zancadas se plantó en el césped, camino de la puerta de la verja. Mantuvo la cabeza gacha para no ver a las personas de papel que se agitaban y se doblaban a su alrededor, y se perdió. Cuando levantó la vista, se encontró junto a un edificio rojo de baja altura, separado del edificio principal por un pasadizo cubierto. De algún lugar le llegó un olor dulzón que le evocó un recuerdo penoso. Miró a su alrededor buscando la puerta y descubrió que en su complicado recorrido a través del césped había avanzado exactamente en la dirección equivocada. Inmediatamente a la izquierda del edificio bajo, había un camino ripiado que parecía llevar al exterior del recinto. Galopó rápidamente hasta él y abandonó, al fin, un refugio de más de un año del que sólo recordaba plenamente ocho días.

Una vez en la carretera, enfiló rumbo al oeste. La larga permanencia en el hospital le había dejado débil, demasiado débil como para caminar sin traspies sobre el lomo de grava de la carretera. Avanzó a trompicones, le dio un vahído, se detuvo a recuperar el aliento, se puso en marcha otra vez, tambaleándose y sudando, pero resistiéndose a secarse el sudor de las piernas porque todavía le asustaba mirar sus manos. Los pasajeros de oscuros coches cuadrados entornaban los ojos, tomándole por un borracho.

Ya tenía el sol directamente encima de la cabeza cuando llegó a una ciudad. Un par de manzanas de calles sombreadas y se encontró en pleno centro: un bonito centro urbano, tranquilo y ordenado.

Agotado, con los pies embotados de dolor, Shadrack se sentó en el bordillo para quitarse los zapatos. Cerró los

ojos para no verse las manos y empezó a forcejear con los cordones de los pesados zapatos cerrados. La enfermera se los había atado con una doble lazada, como se hace con los niños, y Shadrack, con una larga falta de costumbre en la manipulación de cosas complicadas, no consiguió deshacer el lazo. Sus uñas tironeaban descoordinadas de los nudos. Intentó contener la creciente histeria, que iba mucho más allá de su intenso deseo de liberar sus pies doloridos; su vida misma dependía de que consiguiera deshacer los nudos. De pronto, sin levantar los párpados, se echó a llorar. Con veintidós años, débil; acalorado, asustado, temeroso de reconocer que ni siquiera sabía quién o qué era... sin pasado, sin lengua, sin origen, sin libreta de direcciones, sin peine, sin lápiz, sin reloj, sin pañuelo de bolsillo, sin estera, sin cama, sin abrelatas, sin una postal descolorida, sin jabón, sin llave, sin bolsa de tabaco, sin ropa interior sucia y sin nada nada que hacer... sólo tenía una certeza: la incontrolada monstruosidad de sus manos. Se echó a llorar quedamente sentado en el bordillo de una pequeña ciudad del Medio Oeste preguntándose dónde estarían la ventana, y el río, y las tenues voces al otro lado mismo de la puerta...

A través de las lágrimas vio que los dedos ataban los cordones, cautelosamente al principio, rápidamente después. Los cuatro dedos de cada mano se fundieron con el tejido, se anudaron y empezaron a entrar y salir a través de los minúsculos ojales.

Cuando llegó el coche de la policía, Shadrack tenía un lacerante dolor de cabeza, que no pudo mitigar la tranquilidad que sintió cuando el policía le apartó las manos de lo que él consideraba un anudamiento permanente con los cordones de los zapatos. Le llevaron a la cárcel, detenido por vagancia y embriaguez, y le encerraron en una celda. Tumbado en el camastro, Shadrack sólo pudo quedarse mirando impotente el muro, paralizado por el dolor que sentía en la cabeza. Permaneció largo rato ahí echado, sufriendo, hasta que se dio cuenta de que estaba mirando unas